

Homenaje a Jaime Nubiola

Pamplona, 27 de octubre de 2023

Rectora,

Autoridades académicas,

Profesores y alumnos,

Señoras y Señores,

Querido Jaime,

Tengo necesariamente que empezar manifestando mi agradecimiento a los que han querido mi participación en este acto. Y como el agradecimiento es proporcional a la gratuidad de lo recibido, el mío es particularmente grande pues es evidente que poco -o más bien nada- puedo aportar al tema que nos reúne: *Pragmatismo, razonabilidad y ciencia. Treinta años de estudios peirceanos*. Entiendo, también, por ello, que mi papel hoy, en este encuentro con el que se rinde un homenaje más que merecido al profesor Nubiola, es más bien -si se me permite la expresión, ciertamente poco académica-, el de *telonero* de los expertos que intervendrán a continuación.

Por otra parte -y no querría que sonara a *excusatio non petita*- mi papel es aún más comprometido porque se me ha hecho saber que el profesor Nubiola no quiere que se hable de él. Un deseo, por cierto, poco *pragmático* y aún menos *razonable* en un acto que pretende recordar -con toda justicia y con motivo de su jubilación- lo mucho que ha aportado el profesor Nubiola en sus más de cuarenta años de servicio *en y desde* la Universidad de Navarra. Voy a procurar cumplir su voluntad en lo que es razonable y

renunciar a una hagiografía; también porque no sería la persona más indicada para hacerlo. Pero ya adelanto que no he conseguido -en realidad tampoco lo he pretendido- omitir toda referencia a nuestro homenajeado (así que, Jaime, vayan por delante mis disculpas).

De hecho, quisiera aprovechar mi presencia hoy aquí para agradecer públicamente la generosidad que tuvo Jaime Nubiola al aceptar continuar como Vicerrector de Extensión Universitaria y Relaciones Internacionales cuando asumí el Rectorado. Por si fuera poco (pues después de sus trece años de Secretario General tenía toda la legitimidad para negarse a aceptar nuevos puestos de gobierno de la Universidad), le pedí que se hiciera cargo también del servicio de deportes, lo que aceptó sin pestañear a pesar de ser algo que, como es de sobra conocido por los presentes, no se alinea exactamente con sus intereses. Esa es la causa de que en su currículum aparezca -de forma que no deja de llamar la atención en el conjunto de sus muchos méritos- su condición de "Presidente del Club Deportivo de la Universidad de Navarra". Más allá de la anécdota y de su protagonista, ese gesto del profesor Nubiola es bien representativo de un modo de hacer en la Universidad de Navarra que explica, en no pequeña medida, que hoy seamos lo que somos.

Permítanme aquí una digresión, así como una referencia personal. Como saben la mayoría de los presentes, en septiembre 2005 el Gran Canciller me nombró Rector de la Universidad. Yo era, en sentido casi literal, el último recién llegado pues me había incorporado en octubre de 2001. Tuve, entonces, el lujo de contar en mi equipo rectoral con Jaime Nubiola, con el

profesor Manuel Casado (que había sido el Vicerrector de Profesorado con quien traté de mi incorporación a la Universidad), con la profesora Conchita Naval, que llevaba ya unos cuantos años de Vicerrectora y con el mismo José María Bastero, que fue quien me había nombrado Vicerrector de Alumnos y Ordenación Académica dos años antes. Cualquiera que conozca cómo funcionan las Universidades o, más ampliamente, las organizaciones humanas, sabe que esto no es muy normal. Recuerdo que un político local me comentó entonces, aludiendo al hecho de que seguir contando con esos profesionales de excepción era una manera muy eficaz de garantizar la continuidad de los proyectos: ¡qué listos sois y qué bien hacéis las cosas! En realidad, no es un tema de inteligencia -aunque la denote- sino de algo mucho más importante: la generosidad y el espíritu de servicio con que se asumen los cargos en nuestra Universidad.

Todas las personas que he citado tenían más méritos que yo para ser Rector o Rectora de la Universidad; y José María Bastero se había ganado -después de nueve años de Rector y muchos más como Vicerrector y Director de la Escuela de Ingeniería y del CEIT, un más que merecido descanso. Y, sin embargo, todos aceptaron *apoyar* al “recién llegado”, poniendo el bien de la Universidad por encima de sus preferencias e intereses personales. Para mí fue, desde luego, toda una lección que he procurado no olvidar.

El profesor Nubiola ha tenido en su vida no pocas oportunidades de demostrar esa vocación de servicio. A la edad de veinticinco años -y cuando aún no había terminado su tesis doctoral- fue nombrado Secretario General de la Universidad, puesto que ocupó durante trece años, y que compatibilizó con la realización de su tesis doctoral y con la docencia de la

asignatura de *Lógica y filosofía del lenguaje* (no me pregunten cómo lo hizo). En 2004 volvió a la Comisión Permanente de la Junta de Gobierno, esta vez como Vicerrector de Extensión Universitaria y Relaciones Internacionales. Y previamente -y esto es todavía más excepcional- de 1998 a 2000 fue Vicerrector de Ordenación Académica y Profesorado de la Universidad Internacional de Catalunya, que entonces estaba naciendo. Alguien que no conozca bien al homenajeado podría pensar que el profesor Nubiola estaba necesitado de cargos, allí donde se le ofrecieran. Los que le conocemos, sabemos que siempre los aceptó pensando en prestar un servicio -un muy importante servicio, diría yo- en proyectos que requerían de su inteligencia y su gran capacidad de organización y trabajo.

A pesar de esas importantes responsabilidades, la imagen que me viene a la cabeza al pensar en el profesor Nubiola no tiene que ver con los mármoles del Rectorado ni con las reuniones semanales que celebra la Comisión Permanente de la Junta de Gobierno. La representación que inmediatamente aparece es una foto, que pienso estuvo algún tiempo en la web de la Universidad y que quizás sirvió también para ilustrar algún folleto de promoción: el profesor Nubiola está de pie, en medio de una de las fantásticas explanadas verdes del Campus, con un grupo de alumnos sentados a su alrededor, en uno de esos preciosos días de sol que Pamplona nos regala de vez en cuando.

Uno podría pensar que se trataba de algo pintoresco o casi, como se dice ahora, de un poco de *postureo* del profesor Nubiola, al que, por otra parte -y como buen profesor que es- no le faltan dotes teatrales. Pero en realidad,

creo que se puede afirmar sin exageración -o al menos sin demasiada exageración- que esa foto recoge en buena medida la esencia de la Universidad: jóvenes que aprenden del maestro, en un clima de confianza y de respeto, lo que este, a su vez, ha aprendido durante años de estudio e investigación.

Jaime Nubiola ha dedicado cuarenta y cinco años de su vida a la Universidad. Ya me he referido a algunos de los numerosos cargos de gestión que ha ocupado. Asimismo, ha dedicado mucho de su tiempo a la investigación: ha escrito dieciséis libros y editado otros trece; es autor de más de ciento cuarenta artículos, ha participado en numerosos proyectos de investigación, impartido conferencias y cursos y se ha convertido en uno de los máximos expertos en Charles S. Pierce, como se nos va a recordar con más detalle en las intervenciones posteriores. Pero pienso que si algo ha marcado su trayectoria universitaria ha sido su labor de magisterio; y hablo de Maestro y no de docente porque el magisterio va mucho más allá de la mera impartición de clases.

Pienso que nada expresa mejor la esencia de la Universidad que la relación Maestro-estudiante. Se trata, como escribió Harry R. Lewis, quien fue más de treinta años, Profesor en Harvard y durante ocho años, Decano del *Harvard College*, de “convertir a personas de dieciocho y diecinueve años en personas de veintiuno y veintidós, ayudarles a crecer, a aprender quiénes son, a buscar un propósito más ambicioso en sus vidas, y a dejar la Universidad siendo mejores seres humanos” (*Excellence Without a Soul*, Public Affairs, Nueva York, 2007, p. XIV). Pero, además, es una relación donde no solo aprende el estudiante, sino que el enriquecimiento se

produce en las dos direcciones. Como escribe George Steiner en sus preciosas *Lecciones de los maestros*, “en un proceso de interrelación, de ósmosis, el Maestro aprende de su discípulo cuando le enseña. La intensidad del diálogo genera amistad en el sentido más elevado de la palabra” (p. 12).

Por eso, nuestro trabajo tiene no poco de vocación con todo lo que ello supone. “No hay oficio más privilegiado, escribe Steiner. Despertar en otros seres humanos poderes, sueños que están más allá de los nuestros; inducir en otros el amor por lo que nosotros amamos; hacer de nuestro presente interior el futuro de ellos (...) Es una satisfacción incomparable -concluir- ser el servidor, el correo de lo esencial, sabiendo perfectamente que muy pocos pueden ser creadores o descubridores de primera categoría” (p. 173).

Esa satisfacción y esa preocupación ha marcado la vida universitaria del profesor Nubiola. “El rasgo más característico -ha escrito- de los mejores profesores universitarios es que están interesados por encima de todo en que sus alumnos realmente aprendan y para lograrlo están dispuestos a cambiar sus métodos, sus actitudes y todo lo que sea preciso” (*Libertad, verdad, cordialidad: el diálogo como clave de la vida universitaria*, p. 6).

Los alumnos han sido y seguirán siendo -porque eso no desaparece con la jubilación- su pasión. Y esta alcanza tal intensidad que no solo se ha volcado en su labor docente, preocupado por hacer crecer a los estudiantes y sacar lo mejor de ellos, sino que ese interés le ha llevado a escribir libros directamente encaminados a ayudarles a aprovechar su paso por la Universidad; libros que llevan títulos tan sugestivos como *Invitación a*

pensar o Vivir, pensar soñar. O, como los que ha escrito con María Rosa Espot, titulados *Cómo tomar decisiones importantes* o *Aprender a divertirse*. Y es que los años universitarios son también años de disfrutar mucho (por cierto, me ha proporcionado una alegría especial la noticia de que, según un reciente estudio realizado entre ciento veinte mil estudiantes, los de la Universidad de Navarra son “los más satisfechos con su universidad del mundo”).

Y ha sido tanto su interés por ayudar a que la educación cumpla con su misión que escribió, también junto con María Rosa Espot, un libro que lleva el significativo título de *Alma de profesor*, “dirigido -según reza la entrada de promoción- a todos los profesores y profesoras, para despertar el alma de profesor que tenían en su corazón cuando iniciaron la carrera docente”. Si Jaime se atreve a escribir esto es porque él ha ido por delante. Su preocupación por los alumnos nace de algo que vas más allá del mero esforzarse por cumplir bien con las propias obligaciones profesionales. Siguiendo al Fundador de nuestra Universidad, que siempre insistió en que al estudiante hay que tratarle con cariño, ha escrito: “los mejores profesores, a fin de cuentas, son aquellos que *quieren* a sus estudiantes, quieren que crezcan y ponen al servicio de ese objetivo toda su docencia y todos sus afanes” (*id.* p. 6).

Al leer estas palabras me venía a la cabeza una anécdota que cuenta Steiner en el libro antes mencionado: al gran rabino Israel de Konitz se le acercó un día el rabino Jakob Yitzakh, quejoso de que los alumnos no acudían a él. “Vienen a mi -le contestó- porque me sorprende que vengan, y no van a ti porque a ti te sorprende que no vayan” (p. 148). El verdadero cariño es

desinteresado y los alumnos tienen una especial sensibilidad para percibirlo allá donde está.

Jaime Nubiola aprendió de su maestro, el profesor Alejandro Llano, que “nadie puede sustituir al alumno: nadie puede aprender por él, mejor que él, si él no aprende. El protagonista nato de la educación es el estudiante, no el profesor iluminado” (Repensar la Universidad, p. 99). A los estudiantes no se les puede ni se les debe sustituir, pero tampoco se les debe dejar solos y mucho menos menospreciarles por su falta de conocimientos o considerarlos como obstáculos que impiden dedicar tiempo a la investigación.

Si, como pienso, la relación Maestro-estudiante ilumina toda la labor universitaria hay, dentro de ella, un ámbito en el que esa relación alcanza una intensidad muy especial: me refiero a la realización de la tesis doctoral. La relación que surge entre el Director de la tesis y el doctorando o doctoranda es tan particular que los alemanes, tan pocos dados a concesiones sentimentales, hablan del Director o Directora como *Doktorvater* y *Doktormutter*. Una relación prolongada e intensa en la que se cumple como en ninguna otra la apertura al diálogo; algo que, como ha escrito Jaime Nubiola, es “clave de la vida universitaria”.

El profesor Nubiola ha dirigido cuarenta y siete tesis doctorales. Los que hemos dirigido muchas menos, sabemos lo que eso supone. En primer lugar, en tiempo: cada tesis requiere muchas horas de conversaciones y de leer y releer las páginas que va entregando el doctorando. Pero el buen Director

de tesis termina dedicando mucho más que su tiempo: disfruta con el discípulo cuando las cosas van bien, los avances son claros y los resultados satisfactorios. Pero sufre con él cuando llegan las crisis o cuando lo que presenta no está a la altura de lo que cabe esperar de una buena tesis doctoral. Y me atrevería a decir que tiene también un sufrimiento exclusivo, suyo, cuando el discípulo no termina de entender lo que se le dice o sencillamente parece ignorar los consejos que se le dan. Por eso, dirigir una tesis requiere una especial generosidad y exige corregir, también cuando el doctorando no entiende o quiere terminar el trabajo a toda costa y de cualquier manera. Por eso la relación que se crea es tan única y por eso pienso que no es exagerada la comparación alemana con la labor de un padre o de una madre.

Termino. Si, como ha escrito Pierce, “la identidad de un hombre consiste en la coherencia entre lo que es y lo que piensa”, la identidad de Jaime es sin duda la de un Universitario y la de un Maestro, con mayúsculas. Esto es lo que hoy – a su pesar- reconocemos en este acto.

Muchas gracias

